

colocado á pesar suyo en el altar del dios omnisciente primero y después arrojado al ara del sacrificio.

Y ¿creéis que la extraordinaria influencia de Robespierre asusta á Desmoulins? No hay tal cosa. «Dichoso, querido Robespierre, que han logrado convertirme en objeto de religiosa adoración. Pero acuerdate, ¡oh viejo camarada! que los actos de clemencia son, como decía Tertuliano, la escala de la mentira, por la cual los miembros del comité han subido hasta las nubes.»



CAPITULO II

Tentativas ineficaces para atajar el Terror y reducir el naciente sentimiento de monarquismo (Diciembre 93)

Robespierre amenazado por Desmoulins se refugia en el Terror.—Ofrecen en vano los comités modificar el Terror.—Robespierre ordena el ataque contra Desmoulins y Philippeaux.

La lectura de aquel fatal número espantó tanto á Robespierre como la más enérgica denuncia de sus más encarnizados enemigos. El inocente Desmoulins, equivocando sus sentimientos, ahogado en sus propias lágrimas, propúsole lo más terrible, que fuera Dios. No vió que lo perdía.

Robespierre dió un salto enorme y se aseguró entre las filas de la izquierda, de los exaltados. Se confundió con sus enemigos antes que dejarse arrastrar por el vértigo de la popularidad, llevada al terreno peligrosísimo de las responsabilidades del gobierno.

No se podía disimular que al grito de «*abrid las puertas á los doscientos mil que llamáis sospechosos*» los patriotas que se habían jugado la vida por la República, no viesan ampararse bajo el cañón de Collot d'Herbois, á los aristócratas, llegar el *Terror blanco*.

Collot aparecía agrandado por sus amigos: «Ya está aquí el gigante»—decían.—¿A qué se debía este florecimiento de su popularidad, él que era tan pequeño?

Ante Robespierre, contra su religión puso otro dios, fetiche espantoso, la cabeza de Chalier, cabeza herida tres veces por el cuchillo del verdugo y el brazo girondino.

Ante él marchaba la leyenda espantosa de los prisioneros muertos en los Broxeeux.

Se presumía que un hombre con tales precedentes poca clemencia emplearía con quienes trataban de especular por medio de procedimientos moderados.

El amigo de Chalier, su vengador, el famoso Gaillard que fué tan fría y fríamente recibido por los jacobinos, al oír los primeros rumores de la amnistía creyó perdida la República y se saltó la tapa de los sesos.

Collot, después de los sacrificios de Chalier y Gaillard, se agrandaba. Daba miedo no solamente á Robespierre, si no á los miembros del comité de Salud pública.

Barere, Lindet, Carnot, Brieur, de acuerdo en esta con la parte independiente de la Montaña, temían que los exaltados al separarse de Robespierre se unieran al hombre terrible que hubiera creado una dictadura del terror contra la realza, digámoslo así, de la clemencia y de la hipocresía.

Estos grandes organizadores que por medio de increíbles esfuerzos resucitaban la Francia de concierto con Cambon y algunos representantes modestos y laboriosos, veían con dolor que les arrancaban de sus manos su obra, lanzando otra vez á la patria en el caos.

¿Podían, como propuso Desmoulins renunciar á los medios del Terror? Hubiera sido renunciar á las requisiciones que ya entonces nadie más que el Terror realizaba.

Carnot y Lindet, enemigos del terrorismo, amaban poco á los jacobinos. Sin embargo, vivían de las requisiciones que arrancaba el terror de estos.

Apreciaban poco á Collot y Billaud y debían cerrar contra ellos para crear el equilibrio de la pesante trinidad dictatorial.

Si suspendían á los agentes del terror, los ejércitos se morirían de hambre y la República perecería, y dejaron que estos agentes atestasen las prisiones, creando millones de enemigos al gobierno. De este modo iba á perecer la República también.

Detuviéronse ante una medida hábil.

La terrible responsabilidad de abrir ó cerrar las puertas de las cárceles la pidieron para ellos mismos. No querían que los comisarios fueran hombres desconocidos, si no al contrario, individuos que examinaran bajo la luz del sol.

La segunda reforma fué separar á los acusados de los sospechosos.

Entonces se desarrolló una lucha en que fueron protagonistas Robespierre, Philippeaux, Desmoulins y Gaillard.

Philippeaux ataca á Robespierre y le acusa de haber estado en connivencia con los hebertistas en la cuestión de la Vendée.

Gaillard acúsale de moderantismo en el asunto de Lion.

Robespierre se defiende, y antes de la llegada de Collot-d'Herbois en los Jacobinos lanza á Nicolás contra Camilo Desmoulins. Robespierre termina la diatriba de Nicolás diciendo: «¡Cuán cerca está Desmoulins de la guillotina!»

Collot penetra en la sala jacobina el 23 por la noche, menos como un hombre humilde que como un triunfador.

Cuenta las matanzas realizadas en Lion y defiende la necesidad de ejercer el terror. Robespierre y Collot se reconcilian el día 23.

Este día, en los Jacobinos, Collot da rienda suelta á su elocuencia melodramática. Recuerda á Gaillard, que ya se había suicidado. Lloro, gesticula, pronuncia frases de dolor. Robespierre se alegra al encontrar á un hombre de esta naturaleza que bien podía lanzarlo contra Philippeaux. Levasseur mismo clavaba su aguijón en la carne de Philippeaux. Danton intenta endulzar la discusión, pero unos y otros abren la puerta de las rivalidades y de los errores.

Robespierre con aire de moralista pregunta á Philippeaux si está seguro de no haberse dejado arrastrar nunca por la pasión, por el patriotismo.

Este responde que se han cometido traiciones por gente que predicaba el más cruel radicalismo y que no tenía por qué explicar sus actos cuando eran sobradamente conocidos.

Difícilmente se podían conciliar caracteres y espíritus contrarios. Cruzáronse amenazas y la palabra guillotina salió de todos los labios.

Robespierre para su seguridad entró de cuerpo entero en el terror.

En la Convención pronunció un discurso defendiendo el equilibrio gubernamental, y para que éste se pudiera sostener pidió las cabezas de Houchard y Biron.

No se veía la necesidad de cortar dos cabezas de generales en aquellos momentos precisamente. La República comenzó á recibir las noticias de sus victorias. El día 24 Tolon; el 25 y 26 batalla y victoria de Savenay y la destrucción de la Vendée; el 30 desbordamiento de las líneas de Wissemburgo; el 1.º de Enero liberación de Landau y retirada del enemigo hacia el Rhin.

Llegaba á tiempo la petición de separación de sospechosos y acusados.

Barere dijo que no debía emplearse clemencia, si no justicia.

Robespierre quitó al comité autoridad para realizar aquella separación.

En este caos de opiniones Billaud-Varennes habla contra todas las proposiciones y consigue que la Convención no acuerde nada. Los prisioneros continúan vilmente mezclados como hasta entonces en las prisiones, que vomitaron un número de enemigos irreductibles de la República.

La aceleración de los juicios pedida por Robespierre era un procedimiento que envilecía á la justicia.

Este terrible día 26 debía de tener funestos resultados.

De una parte los rivales de la dictadura central, Fauchet en Lion y Carrier en Nantes aceleraban los juicios practicando ejecuciones en masa.

De otra parte los indulgentes, no esperando nada de Robespierre, les declararon la guerra á los hebertistas, de suerte que sus enemigos debían matarlos ó perecerían.



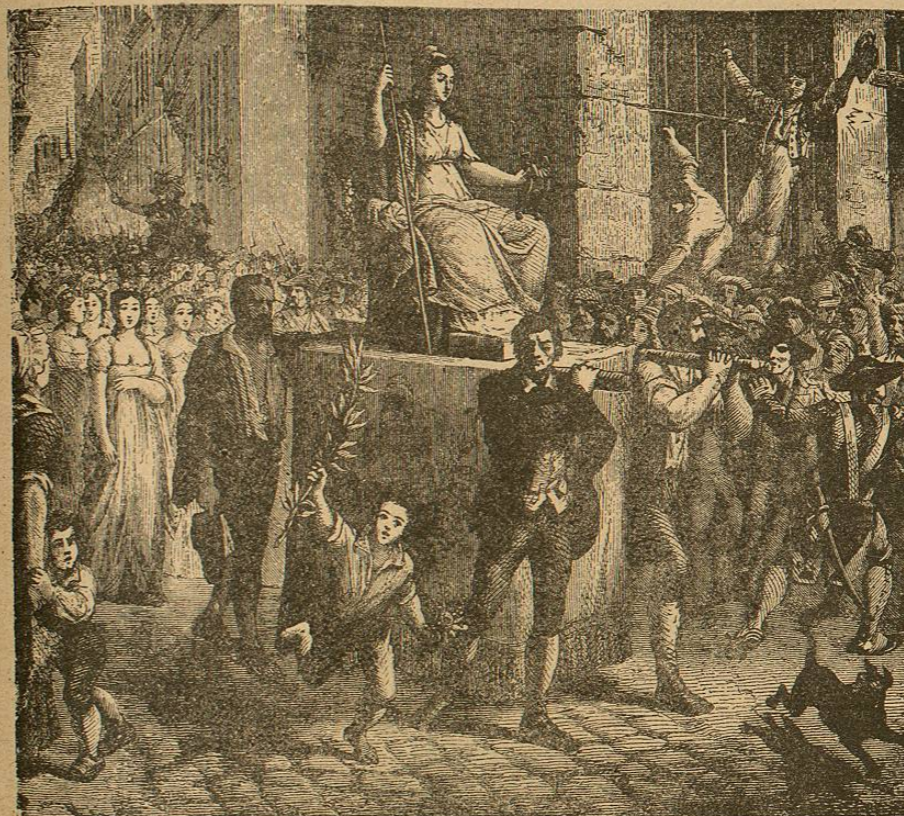
En la cárcel se divirtió escribiéndole á Robespierre. (Pág. 279)

Desmoulin se rebeló y arrojó su vida al viento. Desde este día es inmortal: «La anarquía — dice — nos conduce á la horrible dictadura de un solo hombre. A esto solo he temido.»

Ya no se arrodilla á los pies de Robespierre. Está de pie frente á él, amenazador.

¡Invencible audacia! Su genio, su acometividad, sus iniciativas, todo él se levanta iracundo y tonante con fuerza inusitada contra Collot-d'Herbois y Robespierre, contra los gigantes.

El más bien tratado resulta Hebert. Camilo, con la rara originalidad de su pluma, lo presenta por todos sus aspectos, lo destruye,



La Razón vestida de blanco, bajo un manto azul... (Pág. 299)

lo pulveriza y conserva entera su figura. ¡Vedla en el museo de los monstruos!

Denuncia los agios, las enormes cantidades sustraídas por Hebert del ministerio de la Guerra y la traición de los hebertistas de la Vendée para que pereciera Kleber. No creía, sin embargo, Desmoulin que estos ataques pudieran hacer daño á Robespierre.

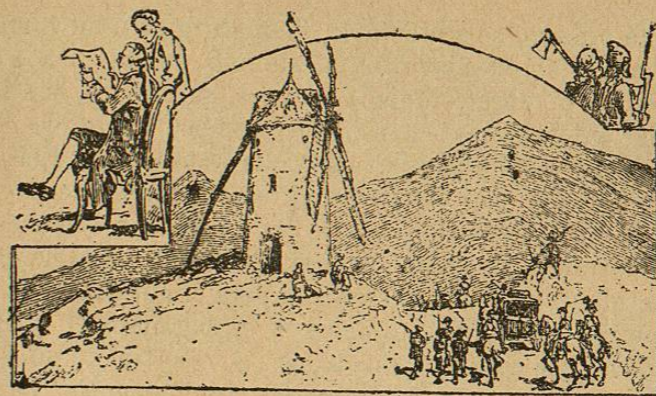
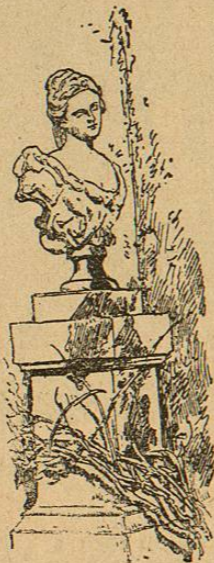
Seguramente iba conducido por gente muy hábil. Quizás por Fabre de Eglantine.

La debilidad de Robespierre había contaminado al comité de Salud pública. Presentábase de nuevo una cuestión enojosa que no se sabía cómo resolver.

Bourdon el 18 Nivoso dijo que ya era hora de que el comité de Salud pública retrocediera. Parecía que en los asuntos políticos se infiltraba de nuevo algo parecido á los sentimientos de monarquismo.

Sin embargo, Carnot, Lindet, Prieur, Saint-Andre hicieron poderosos esfuerzos para detener la marcha fatal de los acontecimientos.

La dictadura se había creado ya. ¿Cómo? El peligro, la necesidad del momento, la defensa ante el enemigo. Todos estos fueron sus factores.



CAPITULO III

La conspiración de la Convención. - Fabre arrestado (Enero del 93)

Ironía y movilidad del carácter francés.—Robespierre.—Terror que le inspiran Fabre y Desmoulin.—Intenta reducir á Desmoulin.—Ataca á Fabre en los Jacobinos.—Fabre arrestado por falsario.

Así es mi querida Francia. En las grandes crisis, cuando parece acercarse torva y sañudamente el enemigo de la destrucción, mi Francia sonríe irónica, burlescamente. Es esta su naturaleza. ¿Quién osará negarlo? ¿Quién puede causar miedo á la Francia? Rió ante el Terror, que hubiera bastado en otras naciones para su total aniquilamiento. Rió y lloró al mismo tiempo como esos niños que en lo fuerte del llanto, una caricia, una palabra trueca en carcajada sonora los acentos más escandalosamente quejumbrosos. La elasticidad moral de Francia es extraordinaria.

Esta ligereza que parece signo de nulidad, se encuentra en aquella época en sus más grandes hombres. El pueblo es terrible en el fondo.

El primer conquistador del mundo moderno dijo después de una gran derrota: «De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso.» Así fué el corto reinado de Robespierre.

El poderoso jefe de los jacobinos que había hecho el milagro de crear sin armas una monarquía de opinión en la republicana Francia sabía que su poder estaba forjado en un momento de seriedad de la nación. Había de durar su soberanía lo que Francia tardara en soltar la carcajada.

¡Vivir Robespierre, severo, rígido, inmutable, en el país de la versatilidad. ¿Verdad que al lado de Robespierre no podía sentarse sin que resultara grotesco, un joven de diez y ocho años, decidor, frío, nervioso, genial, artista, soñador?